

He sido decretada desde la eternidad, con prelación a la aparición del mundo. Más aún: Ella ha precedido en la mente divina al serafín más encumbrado.

¿Cuáles serán las consecuencias de esta verdad? Enumerémoslas brevemente.

Objeto de la voluntad y de los decretos del Eterno, antes que Adán, María no depende de nuestro primer padre en la posesión de los dones y de las gracias que Dios le destina, y esos dones y esas gracias la hallaremos en María tan perfectas, al menos, como en Adán.

María será, pues, concebida en la inocencia como Adán fué creado sin pecado. No solamente no incurre en el pecado original, sino que no puede incurrir en él, al modo que Adán no podía ser ligado por los vínculos del pecado original. María, como Adán, de estar sujeta a algún pecado quedaría al alcance de los dardos de un pecado personal.

La concupiscencia, esto es, la inclinación natural del apetito sensitivo que se adelanta a la razón y las arrastra a los bienes sensibles de una manera desordenada, es una consecuencia del pecado, según enseña el Concilio de Trento, y nos lleva a él. Esa concupiscencia debía estar muy lejos de María. En la reina del cielo, lo mismo que en Adán durante el periodo de su inocencia, subsistía la inclinación natural a los bienes sensibles, pero era racional y obediente en absoluto a la parte superior, con quien formaba un todo armónico; constituía para el hombre un poderoso medio de acción.

En el estado actual nuestra inteligencia está bajo la presión de los sentidos, de los cuales depende para la elaboración de sus operaciones. En el estado de inocencia, el alma tenía en sí misma una vida intensa, y hasta cierta independencia de los sentidos. Esa vida con sus operaciones maravillosas y nunca interrumpidas, las hallamos en María desde el instante de su concepción, sin que se suspendiera un momento su prodigiosa actividad, ni aún en ese espacio de tiempo en que el sueño corta en nosotros la corriente de toda energía intelectual. Desde su concepción hasta su muerte María ha multiplicado, pues, los actos en su alma, sin la menor interrupción, lo cual sostienen como probable muchos teólogos. Y siendo esto así, ¿oh que maravillas de santidad y de perfección no habrá acumulado en los largos años de su preciosa existencia!

Finalmente, la corrupción del cuerpo en el sepulcro era un nuevo castigo impuesto por Dios a Adán, a causa de su pecado. En María, empero, no pudo obrar el pecado ni debían dejarse sentir sus consecuencias, porque fué pura desde su primer instante; de ahí que su santísimo cuerpo haya escapado, como el de su Hijo, a los estragos de la muerte; para corroborar lo cual la Iglesia ha establecido una fiesta en honor de su Asunción gloriosa de la Stma. Virgen.

María es *principio de la creación*, es decir, que ha influido, bajo cierto aspecto y hasta cierto punto, en la creación entera. ¿De qué modo? Dios arrobado de amor, si se me permite hablar así, por Jesucristo y por su Madre, ha derramado sobre ellos todo el tesoro de sus gracias; los dones con que los ha enriquecido y el reino que